



ESTUPOR .5

Aires de locura, misterio y pasiones

Ediciones
ALGORFA

Antonio García Velasco
Carlos Guillermo Navarro
José Olivero Palomeque
Juan Pérez Pozo
Antonio Porras Cabrera

ESTUPOR .5

Aires de locura, misterio, pasiones...

Antonio García Velasco
Carlos Guillermo Navarro
José Olivero Palomeque
Juan Pérez Pozo
Antonio Porras Cabrera

Ediciones
ALGORFA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ESTUPOR .5

Derechos de edición
Ediciones Algorfa

© Copyright
Antonio García Velasco
Carlos Guillermo Navarro
José Olivero Palomeque
Juan Pérez Pozo
Antonio Porras Cabrera

Edita
Ediciones Algorfa

Contáctenos en
info@edicionesalgorfa.es

Dirección Editorial
Andrés García Serrano
y Andrés García Baena

Año de edición
2022

Maquetación
Rubén Olivero

I.S.B.N.
978-84-125172-6-2

Depósito Legal
MA 445-2022

Printed in Spain - Impreso
en España

Novela escrita por
(Orden alfabético de apellidos)
Antonio García Velasco
Carlos Guillermo Navarro
José Olivero Palomeque
Juan Pérez Pozo
Antonio Porras Cabrera

Índice

Introducción

1. Correo inesperado, correo esperado
2. El laberinto de Creta
3. ¿Cómo regresar a casa?
4. Psicoanalista
5. El despertar de Amparo
6. Vínculos de amistad, vínculos familiares
7. Prudencia, madre
8. Alberto, inspector de Hacienda
9. Prudentes estrategias
10. El reencuentro de Patricia y su madre
11. Cábals de Amparo
12. La pesadilla de Prudencia
13. Enrique, psicoanalista de Prudencia
14. Noticia inesperada
15. Relaciones de Amparo, Anselmo Bravo y Alberto Vidal
16. La noticia de la muerte de Alberto
17. Inicio de las investigaciones
18. El pasado universitario de María del Carmen Frutos
19. La consulta de Carlos
20. Consecuencias de sentimientos personales
21. Especulaciones de Enrique Sáez
22. Las inquietudes de Silvia y Marta
23. Anunciada entrevista de Prudencia
24. La entrevista de Prudencia
25. Interrogatorio
26. Abuela y nietas
27. Juana Ramos, confidente

28. Carmen y Carlos se reconocen
 29. Confidencias matrimoniales
 30. Gregorio "el Majao"
 31. La Brigada investigadora de delitos económicos
 32. El informe de la BRIDEC
 33. Resoluciones de Amparo tras el informe de Juana
 34. Reacción maternal
 35. La ubicación de Carlos
 36. Visita a la accidentada
 37. La denuncia de Juana Ramos
 38. Objetivo: localizar a El Lejía
 39. Habitaciones contiguas
 40. El testamento de Amparo
 41. La muerte vengada
 42. Patricia y la muerte de Amparo
 43. Un dilema resuelto
 44. Encuentro sorprendente
 45. Interrogatorios e interrogantes
 46. Confesiones
 47. El vídeo
 48. Planes de suicidio
 49. Planes de salvación
 50. Presiones en la comisaría
 51. El jet privado de Alexander
 52. De asesinatos, nuevamente
 53. ¿Cómo afrontar la marcha de Patricia?
 54. La visita de Carlos
 55. La casa de Carmen
 56. Registro y robo
 57. Carlos y sus hijas
 58. Abandono del caso
 59. La visita de Pepi
 60. El destape de Lucía
 61. Reflexión y final
- Anexos

¡Error! No se encuentra el origen de la referencia.

Introducción

Esta es una novela doblemente singular. En primer o segundo lugar por su argumento, cuyo desarrollo pone de manifiesto numerosas situaciones de la vida actual, numerosos rasgos de la sociedad que nos ha tocado vivir, variados aspectos del mundo que nos rodea. En segundo o primer lugar, por el modo en que ha sido escrita.

Los surrealistas, pintores y escritores, idearon una técnica de creación a la que llamaron “cadáver exquisito” porque en una de las sesiones de juego uno de los versos incluía este sintagma. Consistía en que cada jugador escribiese una frase -o verso-, doblara la hoja y, sin ser vista por el siguiente, este escribiese su frase. Al final había un ¿poema?, o texto disparatado aunque, a veces, sugerente, humorístico, de dimensión surrealista, sin duda. Otra modalidad de juego admitía la variante de que el jugador de turno podía ver la frase o enunciado del anterior, no lo de los demás. También se podría jugar con dibujos. Esta novela comenzó con un pequeño texto en el que un personaje salía precipitadamente de su casa... Pasó al siguiente escritor y sucesivamente a cada uno de los cinco participantes. Pero todos podían ver lo escrito por los anteriores. Con tal dinámica, iba dando vueltas, no siempre siguiendo el mismo orden, por supuesto. Cada episodio se iba llamando *tranco* y, cuando ya habían escrito los cinco, se pasaba al tranco siguiente. Aquello se ponía cada vez más interesante y requería una lectura completa de lo escrito hasta ese momento ya que se necesitaba dar coherencia a la escritura personal respecto a lo que otros habían añadido. Al final, los estilos se iban cohesionando y amoldando a un modelo común, de modo que resulta difícil distinguir lo

escrito por uno o por otro. Esto constituye una singularidad más de esta novela.

Las cadenas de escritos constituyen técnicas de animación en los talleres de escritura creativa, pero nunca, creemos, en la historia de la literatura, se ha escrito una novela como la presente. Menos, en una situación de confinamiento donde la herramienta del correo electrónico era fundamental e imprescindible.

Los autores, avezados escritores, con una obra tanto narrativa como poética que goza de cierto reconocimiento crítico, iniciaron con entusiasmo la tarea, esperaron con expectación la vuelta de “la narración” y se prestaron diligentemente a completar el tranco de turno. Por ello, cada uno ha añadido una declaración de sus experiencias al final de la novela, a modo de anexos.

Creemos que esta novela será del pleno agrado de sus lectores y siempre figurará como un ejemplo de la capacidad humana de superar los malos momentos de confinamiento por pandemia.

1. Correo inesperado, correo esperado

No comunicó ni el motivo ni el objetivo de su repentina salida de casa. Sus dos hijas ya se habían retirado a descansar y su mujer, sentada en el sofá del salón, fijaba la vista en la pantalla del portátil. Estaba en el estudio detenido en el correo electrónico que acababa de llegarle, cuando le sonó el timbre de un mensaje en el móvil. Lo leyó y, sin pensarlo, salió corriendo.

Acaso, su esposa escuchó la puerta, pero estaba acostumbrada a que él, a aquellas horas, siempre bajaba la basura. Ni levantó la vista del monitor.

El alumbrado público estaba apagado por una avería y la luna se ocultaba detrás de los negros nubarrones. Sólo a trechos, un ligero reflejo de luz escapaba de algunas ventanas.

De pronto, a Patricia le inquietó el motivo que había ocasionado la partida de su marido, como si cayera en la conciencia de que había surgido por alguna causa imprevista, pues desacostumbrado e inusual era que no dijera algo como “bajo la basura” a esa hora de cumplir con la norma diaria. Paró en seco el tecleo del portátil, dejando a un lado la atención al mismo, y recorriéndole atisbos de angustia por si su ausencia se prolongaba en la noche. Se asomó a la ventana para contemplar, si fuera posible, el rumbo de su marido y ver cuál era la idea que se podía formar de aquella salida que le ocasionaba alarma.

Contempló cómo Carlos, en medio de la calzada, con premura, subía a un taxi.

Se volvió intranquila y preocupada al salón. Qué habrá pasado, pensó, y fue directamente al estudio de su esposo. Tal vez encontrara la respuesta allí, donde solía encerrarse a menudo horas y horas, usando el lugar como refugio, un campo de investigación libresca, meditación y segura intimidad, que ella solía respetar.

El ordenador estaba abierto, con el correo electrónico en pantalla. ¡Qué raro!, pensó, no ha cerrado el email. Se acercó y vio un mensaje. Era un correo de Amparo, la mujer fatal que les había causado tantos conflictos. Su esposo, que ejercía la psiquiatría en su consulta privada y en el hospital, se había visto envuelto en una aventura irracional con esa paciente, una ciclotímica que en sus fases de euforia le acosaba. Empezó a leer: “Lo siento Carlos, pero ya que insistes en romper conmigo, en despreciar el amor que te he ofrecido, en olvidar los placeres que hemos compartido, para seguir con esa bruja que te tiene atrapado desde hace años, he decidido quitarme la vida y acabo de tomarme un tarro completo de Nobritol F. Me despido de ti y te mando mi última foto por WhatsApp, para que quede siempre en tu memoria esta imagen de mujer destrozada que tú has provocado. Te quiero hasta la muerte. Amparo”.

Una mezcla de desesperación y desprecio marcó el semblante de Patricia que, a la vista de lo leído en el correo y, ante la huida inesperada de su marido, confirmó la sospecha que ya fraguaba su mente desde hacía bastante tiempo. Volvió a la ventana y se quedó inerte mirando la calle y el cielo nublado de una noche invernal. Una sonrisa cáustica y dolido hizo volar su mente hacia los recuerdos de otros momentos felices del matrimonio, hasta que conoció un día a esa tal Amparo, motivo de su desgracia. Deseó con

fuerza que ese Nobritol F ingerido acabara definitivamente con su vida.

Mientras tanto, Carlos iba al encuentro con lo que podía ser la muerte o, tal vez, fuera un engaño más de los muchos con que Amparo lo amenazó de modo reiterativo. “Es una mujer desequilibrada emocionalmente, con una historia muy extravagante”.

Patricia cerró la ventana con tembleque. Los nubarrones que antes ocultaban la luna, ahora, encima de los tejados de aquel barrio exclusivo, destilaban una pertinaz llovizna. Las estrellas quedaron en un espejismo atisbado por los excesos del génesis de la esperanza. El retorno al sofá fue autómatas y fundamentado. Al arrellanarse en él, envolviendo en una manta su torso, averiguó enseguida el motivo de sus paradojas. Quiso clarificarlas sometiéndolas al microscopio de un renovado pensamiento: “He sucumbido al arrebato de recuperar el esplendor de mi matrimonio; he instigado demasiado al despecho: hasta desearle la muerte a una mujer atrapada en la confusión de la enfermedad. ¿Soy incapaz de conseguir el codiciado anhelo con el que quiero sorprender a mi marido: parir un hijo varón? Aunque aún no se me nota, ni he querido que él siquiera lo sospechara, estoy embarazada de más de tres meses. ¿Discierno el alcance de tal ocultamiento?... Los mejores estrategias minimizan el miedo al riesgo cuando lo consideran necesario... ¡Adelante!... Hoy, el ginecólogo me ha enseñado en la pantalla del monitor las evoluciones del ser que se desarrolla en mis entrañas. Sí, cree que, efectivamente, es un varón. A Carlos le ilusionaría”.

Esperaba, de un momento a otro, el correo electrónico de confirmación que su médico había prometido mandarle durante su guardia en el hospital. “Se ha ido, repentinamente, antes de que me llegue. No me permitiré

interpretar esta inoportuna contingencia como una fatalidad”. Inoculándose calma posó en su regazo un cojín y, sobre éste, el ordenador portátil. Tecleó de nuevo su contraseña. La pantalla, al iluminarse, le transfirió a la cara una refulgencia de ánimo... con una leve sombra de recelo. El suficiente para titubear antes de abrir el informe de la clínica de ginecología.

Un relámpago asoló, con un fulgor convulsivo, el placentero espacio donde se ubicaba la futura madre. El esperado trueno sonó, categórico y fiel, enseguida. La tormenta, descargaba sobre el vecindario. Patricia enfrentó el temporal, desde su seguro refugio, como una distracción transitoria de su impaciente intriga. Resuelta, trató de concentrar la mirada, el tacto y el interés en la liviana y versátil computadora.

2. El laberinto de Creta

El taxista, tras escuchar la dirección a la que se dirigía el cliente, conectó el GPS de su teléfono móvil, sobre el soporte del salpicadero. La calle le era completamente desconocida y la barriada, según el mapa de la pantalla informatizada, resultaba un laberinto intrincado, peor acaso que el clásico de Minos.

—Usted me perdona, amigo —dijo a su cliente—, pero casi nunca he realizado servicios por esa zona. El GPS me orientará sin problemas.

—Es urgente, por favor.

—No se preocupe, la noche es oscura, pero está tranquila la circulación —apuntó el chófer arrancando el vehículo—. Y ni siquiera en un laberinto como el de Creta me perdería. ¿Se nota que soy aficionado a la Mitología? Mis compañeros se extrañan de mis conocimientos sobre mitos, de mis lecturas. Pero resulta apasionante, más que una película de intriga. Dédalo, el arquitecto ateniense, construyó el laberinto por orden del rey Minos, para esconder al Minotauro, que según la leyenda era hijo de su esposa, la reina, y un toro blanco, del que se había enamorado por las malas artes de Poseidón... —comprobó por el retrovisor que su cliente escuchaba con cara de resignación, acaso como quien oye el repiquetear de la lluvia que ya se producía contra el parabrisas.

No obstante, la observación, prosiguió:

—... ¿Es perdonable una infidelidad de la esposa inducida por las malas artes de un brujo o una bruja? O de un esposo, claro. Una vez leí una novela que se titulaba algo así como “pollo frío en la nevera” que contaba el enamoramiento de un psiquiatra cincuentón de una joven y hermosa paciente, loca perdida, ¿sabe? El libro se titulaba así porque, cuando él llegaba a casa, la mujer siempre le había dejado pollo en el refrigerador para que cenara, ¿comprende? La loca jugaba con el loquero de modo que...

—Le ruego que se calle, por favor —interrumpió Carlos de mal talante.

El taxista prosiguió, ahora en silencio, pensando en qué causa sacaría a aquel hombre de su casa a estas intempestivas horas. Qué buscaba en aquel barrio, bajo el desamparo de una negra noche de tormenta.

Tras transitar por aquel laberinto de callejas, llegaron al destino. Carlos pagó con un billete de 10 euros y le dejó, con la prisa, la vuelta de propina. Casi a la carrera se dirigió a la casa de Amparo y, entonces, se dio cuenta de que no tenía llave de la puerta. Amparo vivía sola y, dado su estado, seguro que, a esta hora, estaría entrando en coma. Cómo podría llegar a tiempo de socorrerla con aquella puerta blindada, inexpugnable, que por su propio consejo instalara su paciente y amante, en otro tiempo.

En esta tesitura, intentando hilvanar en su mente una respuesta, se acercaba con diligencia hacia el piso. A un metro de distancia, la puerta se abrió como por arte de magia o automatismo, y la luz del recibidor iluminó su cara. Amparo, adornada de un collar de perlas, con su faz reluciente y en bata de seda, sonreía seductora. Brillaban sus ojos, la bata entreabierta mostraba la desnudez de su cuerpo, los turgentes pechos atraparon sus ojos, invitándolo

a entrar en la casa. Amparo sonriente le miraba.

—Pasa, mi amor —le dijo seductora.

Carlos, aturdido, entró en la casa entre la alegría de ver que estaba viva y la ira que el engaño producía en su interior. Amparo lo abrazó buscando el beso que otrora le negara. Su joven cuerpo exhalaba la fragancia de un pasional recuerdo, su piel suave y sedosa se ofrecía al tacto irresistible, como una droga que aprisiona. La ira que sentía se diluyó en ardor y, arrebatados sus sentidos, cayó bajo el hechizo de un deseo incontrolable que le llevó a la cama, rompiendo el suplicio provocado por la abstinencia que se impuso. Hicieron el amor intensamente, sin pronunciar palabra y, luego, extenuados, Amparo, mimosa, lo miró y le dijo al oído:

—Sabía que aún me amabas, que no resistirías mi llamada y no me equivocaba. Tú siempre serás mío y yo tuya. Están unidas nuestras almas.

Quedó confuso Carlos. Una extraña sensación de culpa hizo luchar en su mente a Eros y a Tánatos, al ello y el superyó, dejándolo abatido. El placer venció a la ley y, ahora, su conciencia le imputaba la culpa sembrando la duda sobre su futuro. Había caído en la trampa y no pudo evitar que el pensamiento volara hacía su casa: Patricia y las niñas lo esperaban. ¿Cómo explicarle esta infidelidad, cuando volviera a su hogar? Una lágrima resbaló sobre su cara y Amparo, diligente, la atrapó, con un beso, entre sus labios:

—No llores, mi amor, que ahora estas bajo tu techo —le dijo con ternura.

Una vez desatados sus deseos, y cumplido todo aquello que anhelaban, se quedaron dormidos.

3. ¿Cómo regresar a casa?

No supo Carlos si fue un ruido o la percepción de una inquietud interior lo que hizo que se despertara sobresaltado en las primeras horas de la mañana. La contraposición que se le presentó de improviso al tener que elegir definitivamente a una mujer u otra, le colocó en el dilema de precisar la honorabilidad o el rechazo de conducta por la duda que anidaba en su cabeza.

De su postura sentada, fue inclinándose hasta reposarse de nuevo sobre la cama. Por su rápida salida y la tardanza de toda una noche, tendría nula justificación que exponer a la otra mujer que había dejado en su casa, porque le resultaba difícil la explicación de su ausencia. Pero ¿cómo decía la otra mujer?, se preguntó. El amor que había derrochado con Amparo era de una gran magnitud, entregados a todo, sin fisura, como nunca lo habían realizado, ¿pero de verdad era ella la posible y eterna sustituta de Patricia que andaría la pobre ahora sumida en la profunda agonía de verse presuntamente desplazada?

Se le produjo un vértigo de indecisión y bochorno y experimentó, al igual que al recibir el correo, la necesidad de amparar a una esposa con la que llevaba ya años de matrimonio. “Tengo que elaborar una excusa por la tardanza”, pensó. Pero era tan difícil de imaginar que, con suavidad y quietud, se vistió para no despertar a Amparo, y se lanzó a la calle, donde la fuerte lluvia había dado lugar a un calador chirimirí, dejándose picotear la cara por las gotas como si ello le despejara la mente.

En cuanto el sosiego le abrió paso a la lucidez, se impuso concluir el paseo. Buscó el nombre de aquella primera plazuela donde detuvo sus pies. En ella desembocaba la calle donde vivía su recién recobrada amante; su recién recobrada zozobra; su recién recobrada desconfianza en el cumplimiento deontológico extremado, inherente a la psiquiatría. Bajo el porche de lona de un bar, aún con el cierre echado, a través del teléfono móvil solicitó un taxi. A los pocos minutos lo alivió la luz verde en el techo de un coche blanco, acercándose. Apenas se detuvo, Carlos abrió una de las puertas traseras y, tomando asiento, como si aquella cabina contuviera un halo protector en su inminente movilidad, saludó al conductor con una exuberante deferencia.

—¡Muy buenos días! ¡La intemperie con este clima, enmohece pronto a cualquiera! ¡Le agradezco que haya acudido con rapidez a mi llamada!

La repuesta que recibió contenía un deje huraño e irónico. El timbre de voz no era la primera vez que lo escuchaba. Le evocó proximidad temporal. ¡Y tanto!

—Ah, buenas. Con usted empecé mi turno y con usted lo termino. ¡Vaya gran coincidencia!

El reconocimiento del taxista aficionado a la mitología griega, lo enlazó con una disculpa inmediata.

—Excúseme por no prestarle apenas atención hace unas horas. Soy médico. Invadían mi cerebro las diferentes alternativas para resolver los problemas que acucian, con reincidencia, a uno de mis pacientes. Estaba imbuido en atenderlo con la máxima celeridad. A eso me dirigía.

—Confío en que todo se haya resuelto convenientemente...

—Sí, gracias... Ya tranquilo, le agradeceré que me refresque la memoria, mejor, si es posible, incluyendo algo poco conocido.

—Por su condición de galeno sabe de sobra que el talón de Aquiles es un tendón situado encima del hueso calcáneo que otorga consistencia a la parte posterior del pie. Yendo hacia arriba, se junta al músculo sóleo y enlaza con el gastrocnemio al comienzo de la pantorrilla. Aquiles era hijo del rey de los mirmidones, Peleo, y de la diosa Thetis, ninfa marina. Fue un héroe, tanto por provenir de un mortal y de una divinidad como por la valentía con que afrontó la guerra de Troya. Se implicó en ella de forma personal cuando fue abatido su íntimo amigo Patroclo. Retó a un duelo a muerte al jefe del ejército troyano, Héctor, el guerrero más diestro y valeroso del reino al que representaba. En la singular pelea, venció Aquiles. Acabado el combate, ató el cuerpo sin vida de Héctor a su cuadriga para arrastrarlo durante horas ante las murallas, desde donde contempló la enorme afrenta, apiñado en ellas, todo su pueblo. Tal escarnio lo pagó muy caro. Para entenderlo remontémonos a poco después de su nacimiento. Su madre, Thetis, lo sumergió en una laguna del río Estigia, cuyas aguas separaban las tierras de los vivos y los muertos. Aquellas aguas poseían la propiedad de volverlo invulnerable e inmortal. En la inmersión fue cogido por el tobillo. La parte posterior de éste no se mojó... Hasta aquí, lo difundido con cierta profusión... Sin embargo, otros aseguran que su inmunidad física la adquirió, también en los primeros meses de vida, a expensas del fuego del hogar al que Thetis exponía a su hijo, tras untarlo con ambrosía, para quemar la mortalidad de su cuerpo. En una ocasión, la sorprendió Peleo y le arrebató con furia al niño. En la porfía se le carbonizó el talón. El rey ordenó sustituirselo por la taba del gigante Dámiso, admirado porque nadie le ganaba a veloz. Aquiles heredó esa cualidad, por eso es también conocido como “el

de los pies ligeros”.

—Lo siento... He pensado bajarme aquí, pare, por favor... Interesantísimo... Prometo localizarlo para oírle contar el desenlace de este relato... Y otros... Tengo prisa, si no le importa haré una foto a la placa de su matrícula.

El taxista, resignado, asintió. La llegada del apetecido fin de la jornada laboral favoreció la condescendencia con el huidizo doctor. Aunque le fue imposible parar la ilación mitológica trabada a la ausencia del cliente.

—¿Cumplirá su palabra? Más le vale: ha reconocido, y creo que, a su pesar, perderse el desenlace. “La guerra de Troya tuvo como germen paradójico el amor. Helena de Esparta se fugó con Paris, príncipe troyano, porque su enamoramiento superó la realidad que les circundaba. La fuga fue considerada un rapto. Raptar a un miembro de la familia real de Micenas sólo podía desembocar en una guerra. En ella, tras la muerte de Héctor a manos de Aquiles, intervino la diosa Afrodita. Ella había provocado la seducción mutua entre los dos jóvenes. Reveló a Paris el secreto de quien acababa de matar a Héctor, su hermano. El príncipe enamorado, dolido y con sed de venganza, puso una flecha envenenada en su arco. Al lanzarla hacia el talón de Aquiles fue guiada por Apolo y se clavó en el único punto vulnerable de su anatomía. Sin un sólo estertor, al hijo de Peleo y Thetis se le fue la vida al sentir la fatal hendidura...

De pronto detuvo su recital monologante y fue poco a poco frenando el vehículo: un nuevo pasajero hacía señales reclamando sus servicios.

4. Psicoanalista

Carlos, delante de un lujoso edificio junto al mar, invocaba a la providencia. Por cualquier asunto comunitario, el conserje tuvo que madrugar. Un leve repiqueteo digital en los cristales le produjo un giro de cabeza atento. Abrió la puerta.

—Buenos días, don Carlos...

—Hola, Melchor. No he podido desatender una petición urgente de mis servicios en esta zona. Vengo rendido. Ya me bajaré, como otras veces, a echar un buen rato de charla con usted. Ahora, ¿sería tan amable de facilitarme la entrada a la casa de mi suegra? Por la puerta de servicio, por favor... esperaré a que se despierte descansando en el sofá... ya sabe, para no sobresaltarla.

—No faltaba más... Lo que usted diga.

Bajo una ligera manta, entre las últimas peripecias y el territorio de Hipnos, se deslizó la ocurrencia por la que se encontraba allí: “Las mitologías recogen enseñanzas atemporales. El conductor me ha recordado que no hay mayor fuerza protectora que la de una madre. Ella conoce bien mi tendón de Aquiles y sabe aconsejarme”.

Prudencia, la suegra y psicoanalista de nuestro psiquiatra, al percatarse de que un hombre dormía en su sofá, volvió rauda, en bata y zapatillas, a encerrarse en su habitación.

Hizo correr, con suavidad en las manos y aspereza en el corazón, el pestillo interior. A pesar del sigilo, Carlos se despertó. Al advertir el entuerto intentó deshacerlo. Con los nudillos tamborileando la puerta del dormitorio, connotó mesura a su voz, surcada por el tono inconfundible de cualquier recién despertado.

—Prudencia, soy yo, tu yerno, tu yerno Carlos.

La mujer, ante aquella inflexión tan reconocible, tornó el sobresalto por ansia curiosa. Se olvidó de la llamada hecha al 091 pidiendo auxilio.

Sentados en amplio salón, ya apurando sendas tazas de manzanilla, la suegra escuchó el resumen de la explicación de Carlos.

—Ya te digo, amo a tu hija... ¿Cuánto se resentiría mi conciencia si permanezco inactivo ante un posible e inminente suicidio evitable, simplemente, provocando un vómito a tiempo? Me fui en cuanto descubrí la añagaza, el anzuelo, el ardid malintencionado... Por nada del mundo quiero perder a Patricia...

—La llamaré para decirle que has dormido en mi casa y que aquí sigues. Pero, Carlos, siéntate, relájate, cuéntame todo lo ocurrido... Ya sabes que estoy siempre a tu disposición para ayudarte. Te comprendo.

Cuando Melchor, el conserje, vio entrar a una patrulla de la policía en el portal, vaticinó que el comportamiento del inesperado huésped del 3° A hubo distado mucho, en reserva y cautela, de su título académico y especialidad.

A pesar de la sorpresa de tan inesperada visita de la policía, que respondía a la llamada de socorro de Prudencia, el

conserje no tuvo más remedio que facilitar el acceso de las autoridades hasta el piso de ésta. Una vez aclarada la controvertida visita que originó la confusión y la llamada al 091, la calma volvió a instalarse entre la suegra y el yerno de esta historia tan pintoresca como difícil de resolver; difícil porque los pensamientos y las imágenes que se ocultaban y mezclaban en la mente y el corazón de Carlos dificultaban la posibilidad de dar una respuesta objetiva y creíble a la situación. En cuanto a Prudencia, ella respondió, para ser coherente con su nombre y su profesión, con cierta diligencia para no enfrentarse a la argumentación de Carlos que no se sostenía por sí misma. Las dudas inundaron su mente aún sobresaltada por hechos recientes ocasionados por la inesperada presencia de quien había ultrajado la fidelidad a su hija, pero que ahora, como tantas otras veces, necesitaba su consuelo.

No muy lejos de donde se sucedía ese encuentro familiar, Patricia, que no había podido dormir durante toda la noche, estaba invadida de dudas y rencores, de incertidumbre y deseos de saber exactamente qué había podido ocurrir durante esas interminables horas nocturnas. La persistente lluvia, los truenos y relámpagos habían acompañado a esta dolida mujer que intentaba agarrarse a la esperanza de no ver destruido su matrimonio; ahora menos aún, porque esperaba su tercer hijo, ¡¡¡varón!!! Porque, todavía, pese a las vicisitudes ocurridas, amaba a Carlos. No quería dejarse llevar por la angustia y el dolor de su corazón, herido por el correo de Amparo y la escapada de su marido. Por otra parte, quería evitar riesgos en su estado de gestación.

5. El despertar de Amparo

Cuando Amparo despertó y notó la ausencia de Carlos, comenzó a llamarlo. Primero, amorosa, cariñosamente. Luego, al no tener respuesta, comenzó a levantar la voz:

—¡Carloooooos! —gritó una y otra vez, acrecentando su desesperada frustración.

“Maldición, Carlos. La bruja de tu mujer te ha hechizado y, seguro que has vuelto con ella. ¡Maldita sea! La mato, la mato ...”, vociferaba repetidamente mientras, furiosa, hacía revolotear las almohadas, los cojines, los tataretos de la coqueta, las lámparas de las mesitas de noche...

Cayó exhausta sobre la cama. De pronto se levantó como impulsada por un resorte. No, no fue, como era su costumbre, para entrar al cuarto de baño, deshacerse de los sobrantes acumulados durante la noche y ducharse... El resorte fue el odio y el deseo de venganza, ajustando las cuentas a su rival Patricia. Precipitadamente, cambió su escaso camisón de dormir por unos vaqueros y una blusa, tomó el bolso y una gabardina y se precipitó escaleras abajo, sin esperar el ascensor.

—¿Dónde va, señorita Amparo? Buenos días —le dijo el conserje del edificio.

—A usted, poco le importa —gritó fuera de sí.

—Disculpe... ¿Necesita alguna cosa? ¿Quiere que la acompañe? Hace muy mal día...

Ella ni escucharía tales palabras de disculpa y ofrecimiento, pues abandonaba el portal con obsesión y meta fija.

Antes de llegar al límite del siguiente edificio de la calle, se volvió de modo inusitado, con una fuerte presión en el vientre. Entró como una exhalación en el edificio de su casa, subió las escaleras de dos en dos, maldiciendo, protestando... El conserje hubo de taparse la nariz para no vomitar su desayuno a causa del hedor.

Entró en el piso y se fue directamente al baño. El estrés le había consumido por dentro y soltaba a destiempo lo que precisaba su normal acomodo para no dar escándalos ni olores superfluos y estridentes. Estaba enrabiada y se encontraba fuera de sí, maldiciendo a la que competía con ella en amor y ponía trabas a su felicidad. Al punto, le sacó de su estado el sonido del teléfono fijo.

Reconoció al instante el número telefónico de la persona de sus desdichas, y se amoldó al principio de que era el momento de ajustar cuentas con la arpía que, por solo pocos años de anticipación, había conquistado y esclavizado con sus encantos al hombre que únicamente amaba en el mundo. Retrasó el levantar el auricular y, al decidir descolgarlo, se quedó muda, esperando que la interlocutora se arrancara para tener constancia de su voz y saber, así, la posible respuesta que le pudiera dar.

—Oiga... oiga —reiteró Patricia frente a la falta de respuesta al otro lado del receptor.

Patricia, pasada ya su situación anímica abatida, había adoptado un aire de mucho más arranque, impulsada por la

increíble desfachatez de la persona con la que quería hablar. Comprendiendo que, si su marido se encontraba en aquella casa, por ninguna razón hubiese sido quien descolgase el teléfono.

Insistió nuevamente con más fuerza, dispuesta a que se le diese una explicación. A pesar del espíritu de naturaleza colérica inicial de Amparo y, quizás por la bajada de sus defensas, se había quedado sin respuesta, quieta, fija, como con pérdida de memoria, igual que cuando entraba en la consulta de Carlos para que la tratara.

Patricia había adquirido todavía más aplomo, se sintió atacada en su amor propio y con un golpe seco, colgó. Estuvo cerca de destrozar el auricular. Amparo, por su parte, llamó a su amiga Juana Ramos, para natural desahogo.

6. Vínculos de amistad, vínculos familiares

Juana Ramos era amiga de Amparo desde hacía algunos años. Las dos habían trabajado juntas en un espectáculo de variedades de perfil erótico en una sala de fiestas. El problema de fondo era que Amparo arrastraba una historia personal muy extravagante. Se había separado de su marido, Anselmo Bravo, por desavenencias, incompatibilidades y actitudes contrapuestas. Anselmo, Amparo y su amiga Juana habían mantenido de manera complaciente tríos en la cama. Seguía la relación amistosa con ésta, pero, desde la ruptura del matrimonio, Amparo deambulaba desquiciada en busca de algo que la hiciera feliz, posiblemente, sin saber exactamente qué era eso de la “felicidad”. Tal vez nunca lo supo, ni siquiera qué buscaba en su vida para encontrar sentido a su existencia. Por esa misma razón, al encontrarse en la consulta de psiquiatría, donde acudió por recomendación de la propia Juana, tras reiteradas visitas, urdió la intención de atrapar seductoramente a Carlos. La debilidad humana frente a la lujuria hizo el resto.

Superada la crisis matrimonial que se produjo por causa de las relaciones de Carlos y Amparo, Patricia confiaba en que la salida de su marido esa noche fuera solamente para dar una respuesta profesional y salvar a su paciente de la locura de un suicidio; no obstante, en determinadas ocasiones, había observado ciertos detalles que la hacían sospechar que el “asunto” con Amparo no había finalizado y el correo leído en el ordenador de Carlos lo confirmaba. Aun así, Patricia estaba empeñada en creer en la firme recuperación del amor que los llevó al matrimonio, recuperación que

sería definitiva por ese hijo que llevaba en su vientre. Esa desazonadora aventura acabaría por desaparecer de sus vidas. Era su anhelo por el que iba a luchar hasta vencer.

Patricia seguía pensando, dándole vueltas a su mente, rumiando el mismo pensamiento para buscar la respuesta a aquella salida de su marido tras aquel correo de Amparo anunciando su suicidio. Volvió a considerar su llamada a casa de Amparo. Aunque no recibió respuesta, sí descolgaron el teléfono. La duda no se disipó en absoluto, más bien se incrementó: si se habían hecho eco de los timbrados, solamente podía ser ella, ya que vivía sola. Por tanto, su amenaza de suicidio no podía ser cierta, al menos no la había llevado a cabo. O, tal vez, no fue ella la que descolgó el teléfono. De no ser ella solo podría ser Carlos... y, si era él, eso demostraba que había ido, sin duda, allá, lo que parecía lógico por la forma de salir de la casa. Por tanto, había pasado la noche allí con ella cayendo en la celada que le hubiera tendido la muy hija de perra.

Indudablemente, también cabía la posibilidad de que, a la vista de la situación, Carlos la hubiese llevado a urgencias y ante la ingesta del fármaco le hubieran practicado un lavado de estómago y, tras dejarla unas horas en observación, le dieran de alta por la mañana, llevándola Carlos a su domicilio. Claro, eso debía ser. Al sorprenderla Carlos en aquella situación, a punto de entrar en coma, debió llamar al 061 y, en la ambulancia, la trasladó a urgencias. Se quedó allí para ver la evolución hasta que, en la mañana, al darle el alta, la acompañó a su casa quedándose con ella. Al fin y al cabo, él podía sentirse culpable de aquel despropósito, por abandonarla sin una estrategia que evitara el trauma. Más aún, sabiendo que era su médico, el psiquiatra de aquella loca, porque, indudablemente, aquella mujer estaba enferma de los nervios, como suele decir la gente, loca como una cabra o...

era una sinvergüenza sin escrúpulos. De todas formas, sabiendo cómo es Carlos, sería lógico que la acompañara. Pero entonces, ¿por qué no me ha llamado para decírmelo? Tal vez, en el ajeteo de la situación, no ha podido hacerlo o no ha querido molestarme pensando que estaba acostada... pero, en ese caso, me podía haber mandado un WhatsApp... ¡Dios! Qué difícil trance aparece de nuevo en nuestras vidas, cuando ya parecía todo en el limbo del olvido y encauzado.

Estaba inquieta, desasosegada, como en una nube, atrapada en el ayer de nuevo, cuando descubrió la aventura de Carlos con su paciente. La llamó ella directamente para decirle que Carlos ya no era su marido, que ahora era de ella. “Afronto un reto difícil, le dijo, pero mis encantos son mucho más atractivos que los de una esposa rancia sumida en la monotonía”. Qué loca, qué agresiva, qué forma de actuar y qué dolor le causó enterarse de la infidelidad de su esposo de aquella forma. El encontronazo con Carlos fue tremendo; gritos, amenazas... mejor olvidarlo ahora, pensó.

“No negaré, se dijo, que nuestra relación no ha vuelto a su cauce primitivo, eso ya es imposible. Las dudas siempre estarán presentes y la convivencia ahora sólo es producto de un acuerdo, esperando que todo se vaya diluyendo con el tiempo para poder volver a ser como antes fuimos. Yo sigo queriendo a Carlos y una aventura no tiene por qué destruir nuestro futuro y el de la familia. Cómo no voy a entenderlo y perdonarlo si yo misma me dejé seducir tan fácilmente y viví aquellas inefables aventuras con mi compañero Alberto y Alexander, cuando las cosas estaban tan mal entre Carlos y yo. Quitá, quitá... mejor no recordar aquello que, en su inicio, fue más una venganza o desquite para equilibrar mi mente que otra cosa. Sí, para equilibrar mi mente. ¿Estaré yo loca también? Mira que entregarme a las propuestas de Alberto por despecho. Y seguirlo en sus

desvaríos hasta límites que ni yo misma podía sospechar... De todas formas, aquella experiencia me coloca en mejor situación para comprenderlo y perdonarlo; ojo por ojo y diente por diente. Yo también tengo algo que pagar por mi alocada infidelidad y, al perdonarlo, purgo mi desliz. Pero lo mío fue un arrebató y él nunca lo supo. ¿Fui cobarde al no decírselo o me lo guardé para no darle argumentos que paliaran su culpa? ... Deja el asunto, que te estás complicando la vida con tanto rumiar el pensamiento, ahora hay que tener la cabeza fría. Has de sujetar a Carlos o recuperarlo, si se ha ido. Estás embarazada, viene el hijo deseado por Carlos y esa baza has de saber jugarla. Mejor date una ducha”.

Patricia, tras darle tantas vueltas al asunto, se dirigió al baño, se despojó del pijama que todavía llevaba y se miró al espejo antes de entrar en la bañera. Al verse desnuda hizo una mueca de desagrado; a aquel cuerpo se le notaban los cuarenta y dos años de existencia. Algo de celulitis, alguna arruga facial, las caderas ensanchadas, algo de barriguita y los pechos que... evidentemente, habían retomado su turgencia. “Claro, pensó, estoy embarazada y la barriga y los pechos son una manifestación de ello”.

Mientras el agua resbalaba en cascada por su cuerpo, Patricia volvió a ocupar su mente con lo ocurrido. “Ella ha sido su paciente, pensó, su complicada paciente, amante y manipuladora, hipomaniaca en sus fases y descarada hasta hechizarlo con su juventud y su experiencia seductora adquirida en su alocada vida. Pero, ¿cómo se le ocurrió a mi marido, liarse con una paciente que estaba chiflada? ¿Dónde dejó su deontología médica? ¡Dios mío, qué va a ser de nosotros, de mis dos niñas, de mi hijo, de mi familia!”

La distrajo la voz de su hija mayor desde la cama:

—Mamá, mamá, está sonando tu teléfono— le dijo a gritos.

Fijó su atención y escuchó el timbre. Sintió los nervios a flor de piel, quiso salir rápido, pero, cuando estaba con el albornoz puesto, dejó de oírse. Se acercó y tomó el móvil para ver quien había llamado...

Era Carlos. Ya había abierto la puerta exterior del edificio donde se encontraba su casa, con sus pesarasas meditaciones y con la difícil conciliación que tendría que concertar con Patricia, al considerar que había vuelto a romper lo más sagrado del matrimonio, por el impulso sexual o por un amor a destiempo que podrían llevar a la ruptura conyugal: eran los devaneos con Amparo que, si no los creía superados, al menos los tenía apartados, lo que era suficiente para desligarse en cualquier momento.

El psiquiatra se había hecho a la idea de tener que ponerla al corriente o, al menos, llamarla antes de verse frente a frente con ella para conocer cuál sería su reacción. Iba pensando, “un hombre puede tener un tropiezo porque su naturaleza es muy propicia a no soportar el aguante de una querencia sexual, parece como si la mujer estuviera mejor preparada y hecha a soportar estos desajustes matrimoniales y, aunque se nos ha contado miles de veces que las mujeres, entre bambalinas y cámaras secretas, han pecado de adulterio, una señora que se precie, y miles de años nos contemplan, no se permite el lujo de verse envuelta en jaleos de alcoba”.

Subía la escalera cuando comprendió que, en el tiempo tomado desde la casa de Amparo, pasando por la de Prudencia, hasta su casa, no había conseguido entretejer una razón convincente. Ni siquiera con los consejos de su psicoanalista y suegra. Tendría que, en vez de buscar justificaciones, exponer la verdad de los hechos y, de esta

manera, el reencuentro fluiría sincero y tolerable.

Se paró Carlos en el descansillo de entrada a su casa. Por lo pasado en aquella correría nocturna, sentía como un ambiente desfavorable, que provenía de la sensación de culpa que acumulaba.

Rebuscó en el bolsillo no se sabe qué, dio varias vueltas en el rellano de entrada a su casa, pulsó de nuevo el ascensor que se lo había llevado un vecino, y contuvo la respiración en un pensamiento profundo. “Me temo que, aun admitiendo la capacidad de comprensión de Patricia, no hay quien nos quite la bronca o ese encuentro tenso que nos lleve a tomarnos un respiro en nuestras relaciones. No lo deseo, ni lo quiero. ¿Cómo no pude parar el fuego que me encendió Amparo? ¿Por qué recaí tan fácilmente en sus redes? Espero que no se haya envalentonado y haya armado la tremenda con Patricia, llamándola por teléfono. Si fuera así, lo sabré cuando abra la puerta. Lo peor será si Amparo ha decidido tomarse la venganza por su mano, dado su temperamento, porque, a veces, ha tomado algunas decisiones inaceptables con intención de herir a mi esposa”.

Paralizado como una estatua se quedó Carlos cuando se acercó a la puerta y, antes de abrir, se dispuso a conocer, en un nuevo intento, la reacción de Patricia, por lo que volvió a llamarla al móvil. La tensión se le elevó porque no sabía cuál iba a ser su respuesta.

Tomo Patricia el teléfono sin querer que sus hijas oyeran ni una sola palabra. Ya tenían edad para efectuar conjeturas entre algunas frases sueltas; carecían aún de la madurez que permite ajustarlas al intrincado mundo social forjado por los adultos, cuyas soldaduras no intentan disolver; más bien, a través del progreso tecnológico, se multiplicaban.

Encerrada en el cuarto de baño, respondió presurosa a la llamada recibida.

—Patricia, se han agotado los tonos... y en la pantalla ha aparecido la consecuente nota: *llamada finalizada*. Si prefieres que dejemos pasar un tiempo, lo entenderé. Supongo que habrás visto el mensaje de Am... de mi paciente. Me pareció más importante impedir un suicidio que un inevitable esclarecimiento posterior... que, dado nuestro actual desapego, preveo tenso.

—Carlos, cariño, no te obceques, dale una oportunidad a la inoportunidad... perdona este irreflexivo y espontáneo juego de palabras... Estamos expuestos al albur de nuestras cotidianidades: ¡Estaba en la ducha! Ya me lo ha explicado mi madre. Comprendo que estuvieras alterado por un suceso así... también comprendo tu indisposición sensitiva para soportar una posible retahíla de preguntas incitadas por los celos... y, por supuesto, comprendo que te refugiaras, para recobrar el aliento del inopinado mal rato, en casa de la única mujer en quien deposito la confianza máxima... ¡me dio la vida y renunciaría a lo que fuese por mi felicidad! ¿Dejaremos empañarse esa dicha por nuestros respectivos ataderos profesionales? ¡Nada de eso... y muchos menos verla mustia! Perdona, hablo demasiado cuando me asalta la inquietud... De pronto... de pronto se han apoderado de mí unas ganas locas de verte... ¿por dónde andas?

—Abriendo la puerta de nuestro hogar. Ya me acerco a buscarte.

Ambos sintieron palpar, tras una larga etapa, sus corazones como cuando se declararon amor por primera vez.

Se ducharon juntos, arrebatadamente radiantes.

En el teléfono móvil, olvidado en la encimera de los lavabos, sonó, inaudible, la entrada de un WhatsApp. Era de su compañero Alberto. Quedaron sus palabras dentro. Como en el Arpa del poema de Bécquer: *¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas / como el pájaro duerme en las ramas / esperando la mano de nieve / que sepa arrancarlas!* Sí, de nieve se quedarían las ahora cálidas manos de Patricia, cuando leyeran el mensaje: “Tengo que hablar contigo. Me ha llamado Juana Ramos, con quien, como sabes, tuve cierta relación íntima. Considero preocupante lo que ha sido capaz de confesarme. Te incumbe, te pertenece esa peligrosa confidencia... Te obliga a responder este aviso para concertar una cita a solas. Además de otro asunto importante que ya te diré”.